

**HOY MIERCOLES 16  
DE MAYO DE 1990**

## **PLAZA PUBLICA**

**Miguel Angel Granados Chapa**

**Después de la visita**

**Doctrina social de la Iglesia**

**U**na vez que se ha ido el Papa Juan Pablo II, al término de su segunda visita a México, y cuando se diluyan las fugaces huellas espectaculares de su gira, habrá que examinar el saldo de fondo que su presencia dejó a la Iglesia y a la república mexicana. Uno de tales saldos, acaso el de mayor proyección aunque no el más evidente (porque este último carácter correspondió a los episodios relativos a la dualidad Iglesia-Estado), es el nuevo impulso dado por el Papa a la doctrina social de catolicismo, que en un tiempo había aparecido como una tercera opción ideológica, lejos al mismo tiempo del liberalismo capitalista y del socialismo, pero que había venido perdiendo credibilidad y vigencia.

El Papa la invocó en diversos momentos, pero de modo especial en su alocución a los empresarios (especialmente de la Coparmex y de la Concanaco, regidos por el clerical grupo Puebla). Al instarlos a que no reflexionen frívolamente sobre los cambios en Europa del Este y crean mecánicamente que se trata de un triunfo del capitalismo liberal, y que esta sea la doctrina a la que haya que apegarse, el Papa recordó que la Iglesia da a sus fieles dedicados a la empresa, líneas precisas de acción, desde hace mucho tiempo.

En efecto, desde fines del siglo pasado, al entender el Papado que el socialismo estaba llamado a tener impacto en la conciencia del naciente proletariado, se preocupó por lo que en síntesis se llama "la cuestión social", y que incluye los temas relativos a la propiedad, al trabajo, a la distribución de la riqueza, la participa-

ción estatal en la economía, el consumo, etcétera.

León XIII fue el Papa pionero en la definición de un papel de la Iglesia a este respecto. Ya medio siglo antes pensadores católicos —y aun previamente los Padres de la Iglesia— se habían ocupado de esos temas, pero la primera voz oficial fue la de este Pontífice, que emitió en 1891 una carta encíclica titulada (como todas las encíclicas) con las primeras palabras de su texto: *Rerum novarum*: de las cosas nuevas. Fue todavía más importante, porque recogía ya lecciones de un capitalismo evolucionado, y se dictó en la recesión que siguió al crac del 29, la encíclica emitida por Pío XI, en 1931, llamada justamente *Quadragesimo anno*, porque estaba destinada a celebrar los cuarenta años de la *Rerum novarum*. Al cumplirse setenta en 1961 un nuevo Papa promulgó una nueva encíclica, la *Mater y Magistra* (Madre y Maestra), de Juan

XXIII, la más avanzada de todas, especialmente porque en combinación con la *Pacem in Terris*, otra del mismo Sumo Pontífice, dio al problema de las relaciones económicas internacionales, basadas en el desequilibrio, una perspectiva amplia, como lo exigía el momento. Luego, el sucesor del Papa Bueno, Paulo VI, emitió otra encíclica de carácter social, llamada "Del progreso de los pueblos" (*Populorum progressio*). A Juan Pablo I, por razones obvias, no le dio tiempo de promulgar ningún documento de esta clase (ni de ninguna otra) en su brevísimo pontificado de 33 días. De modo que se debió esperar hasta 1987 para conocer otra orientación pontificia en esta materia. Ella está contenida en la encíclica "De la cuestión social" (*Solitudo rei socialis*), del Papa polaco que acaba de estar entre nosotros.

Consideradas por muchos, no necesariamente opositores a ese pensamiento, sólo como capitalismo edulcorado, es de-

cir, con atenuaciones que le poden el carácter salvaje que tiene a menudo (sobre todo cuando se basa en la especulación y no en la producción de bienes y servicios), la doctrina social de la Iglesia estará de nuevo en boga, tanto en México como en el resto del mundo. La causa es la pérdida del prestigio del socialismo, su fracaso en Europa Oriental. Su principal impulsor ha sido, y será con mayor ahínco en el futuro, Su Santidad Juan Pablo II. Ya lo habría sido hace once años. En Puebla recomendó: "Confiar responsablemente en esta doctrina social, aunque algunos traten de sembrar dudas y desconfianza sobre ella; estudiarla con seriedad, procurar aplicarla, enseñarla, ser fiel a ella es, en un hijo de la Iglesia, garantía de autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales, y de sus esfuerzos en favor de la liberación y de la promoción humana".

Ya veremos en qué consiste tal doctrina.